Otrabalho, Casa do Povo, Covilhã, Portugal

ACCION LIBERTARIA

PERIODICO QUINCENAL, LIBERTARIO

5 CTS. Acogido a la franquicia postal e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana 5 CTS.

Director: FRANCISCO VEGA. — REDACCION Y ADMINISTRACION: ZULUETA 37, ALTOS — Admor.: JOSE TRUJILLO.

Año I. HABANA, FEBRERO 20 DE 1924 Núm. 3.

NUESTRO EXITO

Al dar por terminadas las gestiones de acercamiento e inteligencia entre los diversos elementos anarquistas de la Habana, que habían de culminar en la publicación de ACCION LIBERTARIA, no creímos, los que fuimos encargados de su redacción y administración, que habría de tener el éxito tan lisonjero que ha obtenido.

Y no lo creíamos, porque, hombres al fin, no era difícil pensar que quedase de nuestros viejos asuntos, algún sedimento que obstaculizara la realización de la obra por todos considerada francamente necesaria.

Afortunadamente, ha ocurrido lo contrario. La más completa unanimidad de sentimientos, ha dado por resultado dar cima a la aspiración de tener un periódico que sea el exponente de nuestra personalidad ideológica.

Y demuestra, de una manera ostensible, que así era sentida esta aspiración, la ayuda recibida de viejos compañeros que ha luengos años estaban distanciados de toda labor en común, y de todo contacto con la propaganda colectiva, trayéndonos con su colaboración y esfuerzos, nuevos entusiasmos y nuevas energías para la lucha. Entusiasmos y energías, que nunca están de sobra, y menos, en momentos como los actuales, en que todos y todo, se revuelven furiosos contra nosotros, tratando con su actitud de fuerza unas veces, y de astucia solapada e incivil otras, destruir la labor que hemos realizado con titánicos esfuerzos e ingentes sacrificios.

Era necesario y más que necesario imprescindible, la publicación de ACCION LIBERTARIA, pues no había error, torpeza o vesania, que no nos fuera atribuída; no solo por parte de la prensa capitalista, sino hasta por aquellos individuos y colectividades que se dicen amigos nuestros, sin que tuviéramos un medio desde el cual poner los puntos sobre las íes, haciendo que cada quien cargara con el tanto de culpa que le cupiese en los yerros, que sin cometerlos ni pensarlos, nos atribuían, en ocasiones, sus mismos autores.

Por estas causas, que estaban en el pensamiento de cada un anarquista, hase manifestado de manera harto elocuente, el agrado de los compañeros al recibir el periódico, convirtiendo en un éxito franco y rotundo, lo que creímos no pasara de ser mera complacencia o tibia simpatía por el esfuerzo que un grupo pudiera realizar en pro del ideal anarquista.

Si como hasta aquí, siguen los compañeros prestándonos su cooperación en la medida de sus fuerzas, sostendremos nuestro vocero, el periódico de todos los anarquistas, pese a los contratiempos que nos salgan al camino, a entorpecer nuestra marcha en la lucha emprendida por un mañana de libertad y de justicia para todos.

QUIENES SOMOS

Los anarquistas son poco y mal conocidos.

Hace tres días que, yendo en tranvía, oí la conversación de tres personas que hablaban del suicidio de Felipe Daudet. Quedaron en que fué un asesinato. Pero, ¿sabéis por qué? Unicamente porque el crimen pudo ser imputado a los anarquistas, pues uno de ellos dijo, con acento de convicción: "Esa gente son unos bandidos capaces de todo; gentes sin escrúpulos y sin piedad. Pretenden servir a un magnífico ideal. Mienten. En realidad sólo sirven a sus bajos instintos y a sus violentas pasiones."

El que usó tal lenguaje era un obrero y los otros dos, que asintieron, eran también trabajadores.

La suerte de todos los que llevan antorchas es que sean abominablemente calumniados y perseguidos; y la suerte de todas las doctrinas que atacan los prejuicios e instituciones de la época, es que sean desnaturalizadas y combatidas con las más pérfidas armas.

Pero el deber de los anunciadores de la Verdad nueva es confundir la calumnia y oponer la verdad a la mentira.

Es por eso, ya que el drama que ha transformado nuestro "Libertaire" de semanario a diario fijo, llama actualmente la atención pública, que está fija en los anarquistas y hace que buen número de personas, indiferentes y hasta hostiles a las concepciones libertarias, inducidas por la curiosidad, lean ese diario, que es útil que aprovechemos la ocasión para indicar a esos lectores quiénes somos, qué queremos y cómo pensamos hacer, un día, de nuestro magnífico ideal, una fecunda y espléndida realidad.

Primero, ¿quiénes somos?

Todo el mundo se forma de los anarquistas, como individuos, la más falsa idea.

Unos nos consideran utópicos inofensivos o soñadores; otros nos llaman quiméricos de imaginación irregular, que equivale a llamarnos locos. Esos únicamente se dignan ver en nosotros enfermos que las circunstancias pueden hacer peligrosos, pero no malhechores sistemáticos y conscientes.

Los más nos juzgan de manera muy diferente: los anarquistas son brutos ignorantes, odiadores violentos y furiosos, contra quienes no sabrá nunca uno precaverse bastante, ni hacer una oposición demasiado implacable.

Unos y otros están en un error.

Si somos utopistas, lo somos como aquellos que osaron proyectar sobre el porvenir, las imágenes que estaban en contradicción con las de su tiempo. Somos, en efecto, los descendientes y los continuadores de aquellos individuos que, dotados de una percepción y sensibilidad más vivas que sus contemporáneos, presintieron la nueva aurora, aunque estuvieron sumergidos en las tinieblas de la noche. Somos los herederos de aquellos hombres que, viviendo en una época de ignorancia y miseria, de opresión, de fealdad, de hipocresía, de iniquidad y de odio, entrevieron una ciudad de saber, de bienestar, de libertad, de belleza, de franqueza, de justicia y de fraternidad, y que, con todas sus fuerzas, pugnaron para la edificación de esa Ciudad maravillosa.

Que todos los privilegiados y toda la secuela de mercenarios y de esclavos interesados y dispuestos a la defensa del régimen de que ellos se aprovechan o creen aprovechar, y que mal intencionadamente traten de utopistas, de soñadores, de espíritus contrahechos, a los valientes artesanos y clarividentes constructores de un porvenir mejor, está de su cuenta. Es lógico que vayan contra la justicia los que de la injusticia viven.

No obstante, sin esos soñadores cuya herencia hacemos fructificar, sin esos quiméricos constructores y esas imaginaciones enfermizas—así es como se ha llamado siempre a los innovadores y a sus discípulos—estaríamos aún en aquellas edades, tanto tiempo desaparecidas, que apenas creemos hayan existido hombres tan ignorantes, salvajes y miserables.

Utopistas, ¡porque queremos que la evolución, siguiendo su curso, nos aleje continuamente de la esclavitud moderna—el salariado—y haga del productor de todas las riquezas un ser libre, digno, feliz y fraternal!

Soñadores, ¡porque queremos y anunciamos la desaparición del Estado, cuya única función es explotar el trabajo, sojuzgar la vida, ahogar el espíritu de rebeldía, paralizar el progreso, destrozar las iniciativas, poner diques a los impulsos de mejoramiento, perseguir a los sinceros, engordar a los intrigantes, robar a los contribuyentes, mantener a los parásitos, favorecer la mentira y la intriga, estimular las rivalidades que preparan las matanzas, y cuando cree su poder en peligro, echar sobre los campos de muerte todo aquello que el pueblo tiene de más sano, más vigoroso y más hermoso!

¿Espíritus quiméricos, imaginaciones contra-hechas, medio locos, porque, constatando las transformaciones lentas, demasiado lentas a pesar nuestro, pero innegables, que llevan a las sociedades humanas hacia nuevas estructuras construídas sobre nuevas bases; porque consagramos nuestras energías a conmover, para destruir finalmente del todo, la estructura de la sociedad capitalista y autoritaria?

Retamos a cuantos pretenden acusar con seriedad, de desequilibrados, a los hombres que preparan las transformaciones sociales.

Insensatos son, al contrario, y no a medias, los que imaginen cerrar el camino a las generaciones contemporáneas, que marchan hacia la Revolución Social, como el torrente se dirige al Océano; puede ser que, con ayuda de diques poderosos y hábiles derivaciones, puedan, esos dementes, detener más o menos la furia del torrente, pero él habrá de llegar fatalmente al mar.

¡No! Los anarquistas no son ni utopistas, ni soñadores, ni locos, y la prueba está en que, por todas partes los Gobierno los baten y llevan a la cárcel, a fin de impedir, que palabra Verdad que propagan, llegue a oídos de los desheredados, porque, si la educación libertaria fuera quimérica o loca, les sería muy fácil hacer aparecer en ella la sinrazón y el absurdo.

Hay quien pretende que los anarquistas son brutos ignorantes.

Es muy cierto que no poseen todos los libertarios, la alta cultura y superior inteligencia de los Proudhon, de los Bakounine, de los Eliseo Reclús y de los Kropotkine. Es exacto que muchos anarquistas, castigados por el pecado original de los tiempos modernos —la pobreza—han debido desde la edad de doce años dejar la escuela y trabajar para vivir; pero el solo hecho de haberse elevado hasta la concepción anarquista, denota una comprensión viva y atestigua en esfuerzo intelectual de que fuera incapaz un bruto.

El anarquista lee, estudia, medita, se instruye diariamente. Siente la necesidad de ensanchar continuamente, de enriquecer siempre su documentación. Se interesa por todas las cosas serias, se apasiona por la belleza que le atrae, por la ciencia que le seduce, por la filosofía que le incita. Sus esfuerzos hacia una cultura más profunda y amplia, no se debilitan nunca. Jamás cree saber bastante. Cuanto más aprende, más le place educarse. Instintivamente sabe, que si quiere alumbrar a los demás, es preciso que, antes, haga buen acopio de luz.

Todo anarquista es un propagador; sufriría guardando para sí las convicciones que sostiene y su mayor alegría consiste en ejercer a su alrededor y en todas las circunstancias, el apostolado de sus ideas. Cree que ha perdido el día si no ha aprendido ni enseñado nada y lleva tan alto el culto a su Ideal, que observa, compara, reflexiona, estudia siempre, tanto para acercarse a su Ideal y hacerse digno de él, como para estar dispuesto a exponerlo y hacerlo amar de los demás.

Y este hombre ¿puede ser un bruto cualquiera?

Un individuo así ¿puede ser de una ignorancia estúpida?

¡Mentira! ¡Calumnia!

La opinión más vulgar que se tiene de los anarquistas es que son esclavos del odio y de la violencia.

Sí y no.

Los anarquistas sienten odios vivos y de aspectos múltiples, pero esos odios no son más que la consecuencia única, necesaria, fatal, de sus amores. Sienten odio a la servidumbre, porque sienten

amor a la independencia; detestan el trabajo explotador, porque aman el trabajo libre; combaten violentamente la mentira, porque defienden ardientemente la verdad; execran la iniquidad, porque rinden culto a lo justo; detestan la guerra, porque combaten por la paz.

Podríamos prolongar esa enumeración y demostrar que todos los odios que llenan el corazón de los Anarquistas, tienen por origen la inquebrantable vinculación con sus convicciones, que sus odios son legítimos y fecundos, virtuosos y sagrados.

No sentimos el odio por naturaleza; somos, al contrario, de corazón afectuoso y sensible, de temperamento accesible a la amistad, al amor, a la solidaridad, a todo aquello que, naturalmente, tiende a acercar a los individuos.

No es posible que sea de otro modo, ya que nuestro sueño más querido y nuestra finalidad es: suprimir todo lo que coloca a los hombres en actitud de combate, unos contra otros: Propiedad, Gobierno, Iglesia, Militarismo, Policía, Magistratura...

Nuestro corazón sangra y nuestra conciencia se rebela ante el contraste de la miseria y de la opulencia. Vibran nuestros nervios y la insurgencia invade nuestro cerebro, al evocar las torturas que sufren aquellos y aquellas que, en todos los países y por millones, agonizan en cárceles y presidios. Nuestra sensibilidad se exalta y todo nuestro ser queda preso de indignación y de piedad, al pensar en los destrozos, salvajerías y atrocidades, que abrevan con sangre de combatientes los campos de batalla.

Los que odian verdaderamente son los ricos, que pueden ver, con indiferencia, el cuadro de miseria que se desarrolla a su alrededor y del cual son única causa; son los Gobiernos que, sin verter una lágrima, ordenan la matanza; *son los execrables vividores que* amontonan fortunas entre la sangre y la basura; son los perros polizontes que hincan sus colmillos en la carne de los pobres diablos; son los magistrados que, sin pestañear, condenan en nombre de la Ley y de la Sociedad, a los infortunados que han sabido ser víctimas de esa ley y de esa sociedad.

En cuanto a la acusación de violencia, en nombre de la cual se pretende acabar con nosotros, basta, para hacer justicia, ver y constatar que, en el mundo actual, como en los siglos transcurridos, la violencia gobierna, domina, hiere y asesina. Se afirma y se presenta diariamente bajo las diferentes formas de recaudador de todos los atributos imaginables, de propietario, de patrono, de gendarme, de guardia de la cárcel, de verdugo; todos los profesionales, bajo múltiples formas, de la Fuerza, de la Violencia, de la Brutalidad.

Los anarquistas quieren organizar el libre albedrío, la fraternal ayuda, el armonioso acuerdo. Pero saben—por la razón, por la historia, por la experiencia—que no podrán edificar su voluntad de Bienestar y de Libertad, sino sobre las ruinas de las instituciones establecidas. Tienen consciencia de que sólo una revolución violenta podrá dar cuenta de resistencias, de amos y mercenarios.

La violencia así se convierte, para ellos, en una fatalidad; así lo comprenden, pero lo consideran como una reacción que se hace necesaria por el sentido puramente de legítima defensa, dentro de la cual se encuentran siempre los desheredados.

Sebastián FAURE.

Diálogos de Café

I

—Acabo de leer la "Ley de Protección a los Obreros sin Trabajo", que pronto será promulgada; no es una gran cosa, pero en fin, algo es algo, y con tres pesetas diarias, puede pasar uno mejor que sin un centavo.

—Una ley más: trabajo costará que se cumpla, cuando se cumpla.

—Se cumplirá: contiene disposiciones que aseguran su ejecución.

—Sí, pero tiene en su contra, como todas las leyes, aquellos cuyos intereses lastima, y en este caso, esos intereses han de ser poderosos.

—Poderosos son también los elementos a quienes favorece; figúrate: toda la clase obrera...

—¿La favorece? ¿Estás seguro de que no la daña también?

—¡Hombre! ya saliste con tu irreconciliable anarquismo... ¡Ya lo creo que favorece a los trabajadores!... Y no veo en que pueda perjudicarles.

—En el hecho de ser "ley", está su primer defecto.

—¡Oh! ustedes se oponen a todo lo que las leyes disponen, son enemigos de todo lo codificado; sin embargo: disfrutan de cuantas mejoras introducen en la vida las disposiciones legales.

—No armes tanto escorroso, por lo que en el fondo, no lo merece; quizás en cuanto hablemos un poco, te darás cuenta de que no son tan descabelladas como crees, nuestras afirmaciones.

—Absurdas.

—No lo estimo así, y trataré de probártelo. En primer lugar, no es cierto que los anarquistas seamos enemigos de lo que disponen todas las leyes: somos enemigos de la "ley", pero en muchos casos, amigos decididos de lo que las leyes contienen.

—Metafísico estás. Ese anarquismo es tuyo, y diferente del que se propaga en los periódicos anarquistas.

—Tal vez; más estoy seguro de que es anárquico, y esto me basta.

—Demuéstramelo.

—Vamos allá: la Anarquía, es sinónimo de libertad, puesto que significa: no-gobierno; pero no olvides que el más enérgico afirmador de los principios anarquistas (Bakounine), hace derivar la idea Gobierno, de la idea Dios, y siendo esta idea producto del miedo originado en la ignorancia (los prejuicios no son sino la ignorancia concretada y concentrada respecto a determinadas cuestiones), su destrucción, o al menos, su reducción hasta el punto de no representar un peligro, se va operando a medida que la Humanidad se va haciendo más inteligente, más buena y más rica también....

—Muchas vueltas son esas; ¿a dónde vas a parar?

—A decirte que, por todo lo que acabo de señalarte, los anarquistas, no podrán oponerse (salvo error, en el cual todos estamos expuestos a caer) a medida alguna cuyo efecto sea el de aliviar dolores a los hombres, o influir sobre ellos para mejorarlos.

—¿Quizás en el caso de que tratamos, exista el error?

—No, no existe; porque no nos oponemos a lo que de bueno hay en esa ley, ni a lo bueno que pueda haber en otra. Te lo repito: nos oponemos a la "ley", no al contenido de la ley.

—Habla claro, claro.

—Lo más claro posible: porque la ley diga que se debe garantizar la vida al obrero sin trabajo, ¿nosotros hemos de salir diciendo que tal cosa es injusta, y que el obrero sin ocupación debe morirse de hambre, o vivir de la caridad pública? No; reconocemos la bondad, la justicia de esa medida, pero sabemos que al proclamarla y pretender garantizarla por medio de la ley, se la desnaturaliza, se la coarta, y lo que es peor: sirve de apoyo a injusticias y corruptelas.

—¿Cómo y en qué manera?

—Lo puedes comprobar fácilmente: a más de que, vaciados en la ley, los derechos todos se estrechan para no lastimar los intereses de las clases dominantes, a más de que, cada ley lleva implícita la manera de burlarla, en estos casos sirve la ley, valorizada por la bondad del propósito en que se apoya, para justificar la existencia de toda una casta de parásitos, haciéndola útil y respetable a los ojos de las gentes bien intencionadas, pero que en las cosas, no vé más allá de la superficie.

—Bien; los que tu llamas: parásitos, viven mejor que los proletarios, pero ¿no dan al pueblo beneficios?

—Repite tu argumento, y he de repetirte el mío: los beneficios, no guardan relación con los males que producen; en la cuenta, hay siempre déficit de parte de los gobernados... Para que acabes de comprenderme, te contaré un cuento, una parábola, si prefieres llamarle así.

—Venga ese cuento o parábola.

—"Sobre un rebaño de ovejas cayeron una vez, varios lobos, de tal tamaño y astucia, que, atemorizados los pastores y los perros, no pensaron en un principio, en oponerles resistencia alguna, dejando el hato abandonado a su merced. Durante algún tiempo, los lobos, devoraron a su antojo, y sin que nadie turbara sus festines: cada vez que sentían hambre, bajaban al llano, y saciaban su apetito; con lo cual el rebaño disminuía y las fieras engordaban.

Un día, sin embargo, los pastores, cansados de aquellas depredaciones y hostigados por la necesidad, se dispusieron a batirse contra los asaltadores; y para ello, preparando las escopetas y los perros, salieron al campo.

Los lobos, viendo aquel trajín de guerra, comprendieron la intención de los pastores, y para deliberar, se reunieron en lo alto del monte, guarecidos por abruptas peñas. Allí discutieron largo rato lo que habría de hacerse, y aunque algunos propusieron llanamente, salir al encuentro de los hombres y acabar con ellos a dentelladas, al fin impuso su criterio un lobo viejo e inteligente, el cual, con el consentimiento de su compañero, bajó a donde los pastores se hallaban reunidos y, previo el parlamento, les habló así:—Sabemos que padeceis hambre, y que el hambre os ha llevado a armaros en son de guerra contra nosotros... Hacéis mal en ello, porque nosotros no tenemos otro deseo sino serviros y contentaros. Desde mañana, vais a recoger de nuevo vuestro ganado; le daréis de comer y de beber, curaréis a los enfermos... Por todo esto, nosotros prometemos daros diariamente una oveja, y vosotros habéis de quedar contentos con ella, sin meteros a impedir que nosotros comamos toda la carne que nos venga en ganas... En prueba de amistad, si aceptáis nuestra proposición, entregaréis vuestras escopetas y vuestros perros. Nosotros en cambio, cuidaremos del rebaño y de vuestras personas.

Entre los pastores hubo uno que protestó contra semejante pretensión, juzgándola un insulto, y sosteniendo que, pues el rebaño era de ellos, no tenían necesidad de agradecer a los lobos favor alguno, y quiso animar a sus compañeros a empeñar la batalla... Los demás le trataron de loco anarquista, motejaron su impulsividad, y le obligaron a callar; el pacto quedó cerrado: los pastores, después de entregar sus armas, dedicáronse a engordar el ganado para las fieras, resignados y agradecidos; y pasado algún tiempo, acordaron levantar una estatua al viejo e inteligente lobo mensajero".

—¿Qué te ha parecido la historia?

—No está mal, sólo que los burgueses no son lobos, son hombres, y tienen ya desde hace rato las escopetas; por lo cual resultaría muy arriesgado hacerles la guerra, siendo más práctico, ir arrancándoles paulatinamente, sin pelea, las ventajas que podamos y que nos ponen en condiciones más propicias a la lucha.

—No tal: en primer término, esas prácticas adormecen las energías de los más, haciéndoles confiar en la posibilidad de conseguir por un amistoso arreglo lo que de derecho les corresponde; después, dan carácter benéfico a la obra ladrona de los lobos, y por último, les brindan una buena oportunidad para armarse, so pretexto de necesitar la fuerza para aplicarla en nuestro favor.

—Con todo, ¿si se evita la barbarie de la lucha violenta, el horror de los choques continuos?...

—No se evita; quizás se acrecienta; pero ya es tarde, mañana seguiremos tratando el punto y te demostraré la razón de esto último.

ALONE.

Cosas de la Biblia

Uno de los más curiosos misterios (¿?) que hallamos en el pornográfico libro, llamado Biblia, es sin duda aquel que se refiere al nacimiento del Jesús de Nazaret, (alias Cristo).

Aún cuando nosotros somos poco entendidos en materia "sagrada", a fuerza de cálculos y deducciones, creemos haber hallado la solución que nos explique el misterioso embarazo de "Doña" María—conocida por varios alias, a saber: Santísima, Purísima, "La Virgen", etc., etc.

Refiere el evangelista Lucas en el capítulo 2º Vrs. 2-3-4-5-6, lo siguiente: "Aconteció en aquellos días—en que María apareció embarazada—que salió un edicto de parte de Augusto César, para que todo el mundo fuese empadronado.

"Este primer empadronamiento fué hecho siendo Quirinio gobernador de Siria; y como todos iban para ser empadronados, cada quien a su propia ciudad, José también subió a Galilea de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa de la familia David; para ser empadronado con María, la que estaba desposada con él y se hallaba en cinta; y aconteció que, estando allí, se le cumplieron los días de su alumbramiento".

Por lo que nos cuenta Lucas, José, esposo de María, se hallaba alejado de ella, todo hace suponer por asuntos de su oficio, (carpintero).

Todos los doctores que nos describen a José están contestes en que éste era "un anciano varón", pasado de moda, es decir, un vejete; pero de éstos que podemos ver en nuestros días que, apesar de su impotencia, van tras de las mujeres jóvenes — quizás con qué secretos designios; y 'armas'; lo que sí sabemos decir que no con las que son de naturaleza usar. Nuestro José era de uno de éstos. Como era de esperar, sus fuerzas no le acompañaron en el cumplimiento de sus deberes de "varón". Le sucedió lo que en

nuestros días vemos acontecer en la generalidad de estos casos.

Estando ausente José, como nos refiere Lucas, hubo de llegar a casa de María un ángel (para nosotros soldado), llamado Gabriel, joven y de apues ta presencia, como nos demuestran las descripciones y fotografías que de él nos han suministrado los propios evangelistas.

Ahora bien; ¿Quien no conoce la característica del soldado, tanto de la antigüedad como de la época presente?

Vió una buena hembra en María,—al menos como tal nos la pintan sus apologistas—y ¡zás! se fué de requiebro, piropo, que Lucas (evangelista) no se olvidó referir en el Nro. 28, capítulo 16, que dice: "Y entrando (Gabriel) donde estaba ella, le dijo: ¡Salve, altamente favorecida! el Señor es contigo", que en nada se diferencia de los piropos que nos gastamos hoy día, como aquel que dice: ¡Qué volumen caballeros!, etc., etc.

Y sigue diciéndonos Lucas, en el mismo capítulo Nro. 29. "Ella al oir estas palabras se turbó mucho, (como todas) y discurría dentro de sí qué salutación sería ésta".

Como es de suponer, María y Gabriel charlaron largo rato; viniendo ésta en el curso de la misma a contarle su situación, la de hallarse casada sin que su esposo la hubiese llegado a poseer. Esto no lo cuenta Lucas, pero lo deducimos nosotros por lo que en el No. 30 nos cuenta el mismo evangelista, que dice: "El ángel entonces le dijo: "No temas María, (hoy se dice, no seas tonta que la vida es corta), porque has hallado gracia de Dios".

Este Gabriel se la sabía de memoria. Continuemos: en el No. 34 María le pregunta a Gabriel, (¡qué inocente!): —"¿Cómo será ésto (lo de la gracia), puesto que no conozco varón?

Fíjate bien, ignorado lector, que con estas palabras de María se confirma nuestra afirmación de que José, no había podido poseerla, a pesar de hacer algún tiempo que se hallaban desposados.

Y aquí viene lo más interesante, lo que nos explica el misterioso origen del Cristo.

Parece que María, seducida por Gabriel, joven y hermoso en contraste con José, viejo e impotente, no pudo resistir las "razones" que éste le expuso y los dictados de su naturaleza joven; se "rindió", según nos refiere el v. 38, que dice: "Y dijo María. He aquí la sierva del Señor, hágase conmigo conforme a tu palabra".

Y el ángel (soldado) se "fué" delante de ella".

Nosotros dejamos a la consideración del lector que suponga qué cosa se le "fué" al soldado Gabriel delante de María; para nosotros fué 'algo' que 9 meses más tarde, María presentó a su anciano esposo, José, bajo la forma de Jesús de Nazaret, que en nuestros días conocemos por (alias) Cristo.

J. BONNAIRE.

LA NUESTRA

Revolución, es una palabra que se pone de moda por temporadas y que se presta a más de un confusionismo, cosa ciertamente lamentable.

Los anarquistas tenemos de la revolución un concepto real y verdadero, exento de toda metafísica, aun de aquella que tenemos por aceptable.

Para nosotros, la humanidad evoluciona, y cuando ha llegado a un punto esta evolución que hace necesaria la destrucción de algún obstáculo, que ciegamente se atraviesa en el camino del progreso, estalla o sucede la revolución—evolución rápida.

Viendo las cosas desde este punto de vista, ¿podemos afirmar que esté preparada la humanidad de hoy para ir más lejos del lugar donde se encuentra, y por lo tanto sea necesaria una revolución?

Creemos este punto sobrado interesante para que en su discusión entren el mayor número posible de individuos de más vasta inteligencia y claro juicio que nosotros; pero, aun reconociendo nuestra insuficiencia, echaremos aquí un cuarto a espadas sobre dicho asunto.

A nuestra manera de ver las cosas, la humanidad está, dado su grado de cultura actual y las nuevas ideas que circulan por el mundo, más que medianamente mal servida con el actual orden de cosas; luego es necesario, urgente, que se cambie de situación.

Como quiera que, aun cuando los gobiernos recurran a todos los procedimientos imaginables para hacerlas abortar, las revoluciones siguen su curso; podemos presumir que nada ni nadie puede detener la que actualmente se efectúa en todas partes. Por consiguiente, la revolución universal es un hecho indiscutido.

Pero, los que de ella queremos sacar todos los frutos apetecibles, ¿qué hacer? ¿Luchar ciegamente, siguiendo el curso de los sucesos, o llevar un plan que nos facilite la consecución de nuestros fines? Si lo primero, corremos el riesgo de dar muchas vueltas, perderemos, y encontraremos al final en el punto de partida; si lo segundo, hemos de tener mucho cuidado para no estancar el movimiento y reducirlo a la expresión mínima.

Nuestro plan no puede serlo más que en líneas generales; en el detalle, no hay quien pueda preveer lo que los sucesos traigan consigo.

Nuestra revolución, no es la revolución de un partido que lucha por conseguir el poder, ni la de una clase que lucha por dominar a la otra e imponerle sus dictados: es la revolución del pueblo contra las instituciones que facilitan la explotación y la tiranía.

No ignoramos que el pueblo, en su expresión justa, es la clase trabajadora, y, por consiguiente, la lucha social asume el carácter de lucha de clases en la actualidad. Pero, los trabajadores que luchan por liberarse de la explotación burguesa, eliminada esta clase por el movimiente revolucionario, destruidos sus monopolios y privilegios, no pueden dedicarse a robustecer nuevamente al Estado para evitar la reacción, pues la reacción es el Estado mismo con todas sus consecuencias: la creación de nuevas castas y el reforzamiento de la tiranía, no contra los burgueses, que han desaparecido, sino contra los mismos trabajadores

La revolución "nuestra" tiene que ser aquella que evite la creación de nuevos órganos de dominio; porque todas aquellas que dejan en pie la maquinaria estatal, no han resuelto nuestro problema, llámense como se llamen, háganse en nombre de los más altos principios, realícense por el pueblo o sean hechas por hombres de intachable conducta.

FLORENTINO.

COMENTARIOS

La muerte de Lenine, al que ha llorado la prensa burguesa con una rara unanimidad, ha servido para que los comunistas habaneros dieran fe de vida pública.

Ha sido ésta, una coyuntura que han sabido aprovechar oportunamente, y justicia es reconocerlo y lo hacemos así, deseando que en lo sucesivo, hagamos nosotros otro tanto. Han hecho bien, y no nos duelen prendas el confesarlo.

Pero lo que no nos parece bien, ni medio bien siquiera, es el que pretendan que nos uniéramos al lloriqueo internacional y dejásemos pasar la ocasión que se nos presentaba sin exponer una vez más, nuestras anárquicas apreciaciones, hacia Lenin y hacia lo que se ha reputado como su obra maestra.

No hemos de repetir ahora, lo que en otras ocasiones hemos dicho, sino que nos circunscribiremos a comentar, "calamo currente", algunos conceptos vertidos en el mítin necrológico celebrado por los comunistas.

Orador hubo, que, como una fina cortesía, refirió de Kropotkine, su alta mentalidad, y la enorme labor que en pro de los desheredados realizó en su dilatada vida. Nosotros sentimos no poder corresponder en idéntica manera, o en forma parecida, con respecto a Lenin.

Y no porque neguemos sus condiciones de pensador y de hombre de ideas, sino porque tanto fuera, como pedirnos que cuando "signore" Mussolini o el General Primo de Rivera, den la voltereta final que les aleje de los vivos, derramemos unas lágrimas de dolorosa amargura, como diría un poeta manigüero.

Tal vez el *parangón, resulte un tanto* duro. Mas, no es nuestra la culpa. La tiene, y grande, la identidad de métodos que en los tres países han puesto en práctica contra todo lo que sea o huela a anarquista. Lógicamente, entonces, hemos de medir con la misma vara, al italiano y al español, como al ruso desaparecido.

Lenin, era anarquista, expuso otro orador. Podemos pasar cualquier ditirambo, incluso el publicado en un periódico, pues la ocasión es propicia para usarlos, de que era un gran hombre de ciencia; pero de aquí a que se le repute como anarquista, hay tanta distancia como de la tierra a la luna en viaje de ida y vuelta.

¡Anarquista Lenín! Unicamente se le pudiera considerar tal, por el cariño conque en sus obra nos trata y por las atenciones guardadas con todos aquellos compañeros nuestros que tuvieron la suerte enorme de caer en cárceles y prisiones, empujados por el afecto que por ellos sentía el rojo señor de todas las Rusias. Anarquista tal vez, por la conducta que empleó con el viejo Kropotkine, negándole todo material para seguir trabajando en sus labores de escritor; o por el hecho de confiscar todas las obras que una editorial anarquista imprimió del viejo revolucionario libertario. Si estas son demostraciones del anarquismo de Lenin, a quién tendremos que invocar para que nos preserve de los odios de un adversario comunista?

—

No queremos terminar sin hacer antes una aclaración, y es esta: Los bolshevistas, partidarios de la dictadura del proletariado, no se desasemejan de ningún otro partido de gobierno, en su esencia íntima. Tiránicos los partidos gubernamentales burgueses para conservar sus privilegios, y tiránicos los trabajadores erigidos en gobierno para defender los suyos. Defensora, la burguesía, del Estado, ya que a su sombra encuentra la libertad que precisa para su desenvolvimiento y la fuerza necesaria para su sostén, goza de más prerrogativas y libertades, que en el Estado bolshevique pueden gozar sus panegiristas y defensores, pues al convertirse éste en amo y único señor de todo, es imposible eludir en forma alguna su poder absoluto y brutal.

Y nosotros, anarquistas, antiautoritarios; negadores de todos los gobiernos; enemigos del Estado; exaltadores de la libertad individual en sus más amplios aspectos, por creer, que en la libertad está la cura de todos los males que aquejan a los hombres, hasta la de los propios males que la libertad pudiera crear, es posible que pudan considerarnos inmediatos a elementos que son nuestros antípodas en lo que se refiere a lo básico de nuestras ideas?

Que contesten si pueden los alquimistas del frente único, y si poseen el secreto de poder unir la libertad con la tiranía, que se nos antoja lo mismo que una luz con las tinieblas; estamos dispuestos a confesar y proclamar, que la última palabra en sociología, es la que ha escrito, en lo que lleva de vida, la República de los Soviets.

J.

El morbo de las pasiones

Aun dentro del propio campo anarquista, salta herida la susceptibilidad colectiva, cuando el individuo, rompiendo con todo formulismo, pronuncia dolorosas e irrefutables verdades.

¿Será que no somos bastante anarquistas? ¿Será que no hemos podido llegar a comprender la grandiosa magnitud de la, hasta ahora, insuperada concepción anarquista?

¡Cuán grata se nos hace la vida, cuando en los cortos ratos que nos deja libre el cotidiano luchar para vivir, nos acercamos a Kropotkine, Bakounine, Reclús y otros muchos hombres apóstoles del anarquismo, y haciendo un estado comparativo entre las distintas tendencias que prometen redimir a la humanidad, hallamos franca superioridad, en la concepción Libertaria!

¡Cuán vehemente es nuestro deseo de vivir; aunque sólo sea para soñar en el advenimiento de una nueva humanidad, cuya convivencia social, marque la total desaparición de aquellos tiempos en que los pequeños desharrapados hijos del azar, sin pan y sin hogar, se arrastraban en la plaza pública, disputando a los perros los huesos que éstos roían!

Cuán grandes y distintos a los presentes, nos parecen aquellos días pretéritos en que un reducido número de hombres, perfectamente compenetrados y mancomunadas sus voluntades, llevaban a cabo gigantescas empresas en aras del ideal.

Si fuéramos supersticiosos, no dudaríamos en afirmar que el género humano se hallaba en una apocalíptica época de regresión y relajamiento de todas las morales, a cuyos misteriosos y fatales destinos, por razón del conta-

gio, no habían podido sustraerse los anarquistas.

Pero no, no es ni el contagio, ni tampoco el fatalismo: es que, mientras las monarquías y repúblicas llamadas de la democracia, por medio de sus gobiernos, tratan de restablecer el control, arrebatando a los trabajadores, lo que cínicamente les concedieron en aras de la Libertad, en los más sangrientos días de la guerra europea; mientras que los socialistas en su contínua labor de colaboracionismos se van entregando más y más en brazos de la burguesía, los anarquistas, sedientos de justicia, y enloquecidos por la incesante persecución, hasta el exterminio, iniciada simultáneamente en todos los países, tratan ya de descubrir al enemigo entre sus propios compañeros, y a esto, a nuestro juicio, se debe la división y subdivisión de todos aquellos individuos y grupos, que dispersos hoy, podrían todos unidos, ofrecer férrea resistencia a la reacción desencadenada.

¡Es bien lamentable, es bien dolcroso, que, cuando sólo la moral anarquista permanece en pie, gracias a su **no gobierno**; cuando todos los sistemas de **partidos gubernativos** crujen estrepitosamente ante los fuertes aldabonazos del famélico proletariado internacional, los anarquistas, lejos de laborar incesantemente, se dediquen a demoler la obra que les legaron sus antepasados.

La verdad, es dura ¡muy dura! pero, la verdad, debe de florecer por arriba de todos los personalismos y todas las pasiones.

Bien pocos anarquistas han podido sustraerse a lo que pudiéramos llamar **era de claudicaciones y personalismos.** El que asqueado del medio ambiente trató de vivir alejado en su atalaya, fué alcanzado por el eco de los insultos, y no tardó en descender al redondel.

¡Pobre campo anarquista! Fué el más perseguido y diezmado durante estos últimos años, y ahora, como corolario, cuando aparentemente amaina la persecución, aparecen los supervivientes con enconados y acervos mirares, ¡como si cada anarquista se hubiera vuelto un Martínez Anido!

Observad cuántos periódicos anarquistas lleguen a vuestras manos. Mirad ese enjambre de voceros que nos llegan de la Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Estados Unidos, México, Portugal, Francia y los pocos que sobreviven en la inquisitorial España. Miradlos; leedlos: somos los eternos descontentos. Mirad como con un ensañamiento digno de mejor causa se remueve el gérmen de la discordia. Mirad como se atacan los individuos y los grupos. ¿Quién tiene la razón? ¡Posiblemente todos!... ¡Insensatos! La represión burguesa, sobornó y mató a tantos, que, los supervivientes enloquecidos, se imaginan ver un implacable enemigo en aquel a quien tantas veces vió jugarse la vida.

Hemos sentido silbar a nuestros oídos, a camaradas que nos consta que son anarquistas de buena fe, hemos sentido silbar felicitándose del alevoso asesinato de algunos camaradas, y decir: ese era un canalla; bien muerto está; seguramente le han matado los propios compañeros" ¡oh! ¡oh! Hasta donde hemos llegado en nuestras elucubraciones!

Y hay más: en aras de nuestra libertad individual, se rompe con el libre examen, con el libre acuerdo. Lo que hemos afirmado anoche, hoy lo rectificamos, sin perjuicio de sostenerlo veinticuatro horas después. Un grupo integrado ayer por quince hombres, hoy sólo lo componen tres.

Así, camaradas anarquistas, no vamos a ningún lado, o si vamos, llegaremos muy tarde.

De acuerdo en el fondo, rompemos con la afinidad por ligeras diferencias superficiales, con lo que damos una sensación más bien de despecho que de consciencia.

Y así, no es posible ni una solidaridad efectiva, ni la ejecución de obras grandes.

¡Cuánto podríamos hacer los anarquistas, si mancomunáramos nuestras energías, haciéndolas converger hacia un punto determinado, cuantas veces lo demandaran las circunstancias. ¡Pero somos anarquistas!...

¡Cuánto nos podría decir MAKNO acerca de su obra de redención por Ukrania!

La idea anarquista no será destruída, no; porque aunque la humanidad la rechazara, a ella sería fatalmente arrastrada por la fuerza de los hechos según prueba la ciencia. Pero, mientras tanto, los anarquistas, corremos el riesgo de ser aniquilados si definitivamente no cordinamos nuestra acción demoledora.

ADELFOS ANMOS.

Internacionales

LOS PROGRESOS MORALES DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

El compañero Rudolf Rocker clausuró la conferencia plenaria del Bureau administrativo de la A. I. T., con un breve discurso, del que entresacamos los *párrafos* finales siguientes. Comenzó el compañero Rocker recordando los progresos evidentes advertidos en la época de la primera Internacional de congreso a congreso. Luego expuso la evolución de la nueva organización de los trabajadores revolucionarios. Habló de la conferencia de Berlín de diciembre de 1920, cuyos principios contenían la palabra "dictadura del proletariado", bien que con una interpretación distinta de la de los bolchevistas. La segunda conferencia de Berlín, en junio de 1922 fué más clara; la ideología moscovita no pudo hallar eco alguno en los delegados. Por fin llegó el congreso de diciembre, que ratificó la declaración de principios adoptada en la conferencia de junio y que no se atrevió a rehusar a los camaradas franceses la concesión solicitada. Pero por lo demás los delegados estaban orientados ya sólidamente. Llega a la conferencia de Innsbruck y se expresa de este modo:

"Ha pasado otro año y la actual conferencia debe constatar con sentimiento que los camaradas franceses, apesar de las concesiones del último congreso, no han obtenido ninguna ventaja de su actitud vacilante; al contrario, han fortificado con ella la posición de sus adversarios de la I. S. R. y empeorado su propia situación. No quiero hacer ningún reproche a los camaradas franceses; yo sé que están animados de las mejores intenciones y que la sinceridad de sus propósitos no da lugar a ninguna duda. Pero sostengo que han sido víctimas de una palabra de orden político, tan hueca y vana como la palabra de orden de la "dictadura del proletariado". Así como tras la dictadura de una clase se oculta siempre la sed de poder de una camarilla que pretendo hablar en nombre de una clase, tras el ruido del "soi-disant" frente único del proletariado no hay en realidad más que una maniobra política de la misma tendencia que ha contribuído a la descomposición interna y al desmembramiento de todo el movimiento obrero.

El sindicalismo revolucionario aspiró siempre a reunir a los trabajadores sobre la base de la organización económica y por eso fué hasta aquí el verdadero propulsor del pensamiento obrero unitario—pero esto no significa para él un amontonamiento arbitrario y puramente mecánico de elementos que se repugnan, sino una Asociación organizada de los trabajadores sobre la base de los intereses y de las convicciones comunes. Esa unidad no se produce por el hecho de que todos los trabajadores pertenezcan a una sola organización, si no por la relación de los intereses, las ideas y las aspiraciones comunes. Si esto último no existe, el llamado frente único no es más que un aparato esceé nico eterno para los intereses particulares de determinadas tendencias y partidos que persiguen, bajo la máscara de la unidad, sus propias rutas y objetivos y para lo cual el movimiento no sirve más que como un medio o un instrumento.

En una palabra, una unidad sólo es posible donde existe una comunidad media, en una farsa. Un frente único por ejemplo entre el sindicalismo revolucionario y la I. S. I., es imposible, no porque se oponga a esa unidad uno u otro de los párrafos de los Estatutos de Moscú, sino porque todos los Estatutos se basan en principios ideológicos diametralmente opuestos a las aspiraciones del sindicalismo. El sindicalismo sólo es reconocido en ellos si se somete a la servidumbre del partido comunista, es decir, si se decide a marchar a su suicidio.

Hay momentos en que una armonía de todas las tendencias del movimiento obrero se convierte en una necesidad previa, pero tales momentos no se pueden determinar de antemano, se desarrollan por las circunstancias mismas. De esto hemos visto un ejemplo en Alemania durante el motín de Kapp. El único organismo que ha estado entonces en contra de toda acción común de los trabajadores fué el ejecutivo del partido comunista; pero su manifiesto a la clase obrera alemana no fué escuchado y finalmente debió seguir la corriente general para no entregarse completamente al ridículo. En tal momento el frente único era una necesidad imperiosa, desarrollada por la situación misma de las cosas; querer impedirlo no sólo hubiera sido un error absoluto, sino que en las circunstancias dadas habría sido una traición directa al proletariado entero. Pero hasta en tales casos se puede dar el golpe en común y marchar solos; y cuando los kappistas perdieron el juego, el frente único terminó también, porque las opiniones entre el proletariado de las diversas tendencias eran tan numerosas y discordes, que no se podía hablar de una comunidad posterior.

Pero hay momentos en que la "unidad" no sólo no es prudente, sino que puede ser un crimen directo contra una causa. Este es siempre el caso en que se trata de una unidad puramente ficticia que está dispuesta a sacrificar principios e ideas que han sido hasta allí el fundamento de un movimiento, en interés de una agrupación meramente mecánica. En un caso semejante la escisión es una necesidad interna que se convierte en un caso de conciencia para los individuos. Hay situaciones en que la escisión es el único medio para salvar la unidad de un movimiento. Este fué por ejemplo el caso de Holanda, donde la labor de los núcleos de Moscú hizo imposible toda acción unitaria dentro del viejo N. A. S. y transformaba el movimiento entero en un caos salvaje. Cuando nuestros camaradas holandeses, que quedaron en la minoría después del referendum, volvieron las espaldas al N. A. S. y fundaron una organización propia, no sólo han salvado su movimiento, sino que han prestado, gracias a su acción decidida, al movimiento internacional del sindicalismo revolucionario un servicio inapreciable. Si nuestros camaradas franceses hubiesen demostrado la misma resolución después del congreso de St. Etienne y hubiesen plantado en Francia la bandera de la A. I. T., las cosas estarían hoy en mejor estado para nuestra causa, según mi opinión, y se habrían ahorrado algunas amargas experiencias.

Al tomar la conferencia de Innsbruck también una posición clara y terminante en el problema del llamado frente único proletario, la A. I. T. ha dado un gran paso hacia adelante en el camino de su desenvolvimiento natural. Corresponde ahora a los compañeros de todos los países, la realización en todas sus partes de las conclusiones adoptadas y la contribución a que la A. I. T. sea lo que debe ser— una palanca para la revolución social, un instrumento del socialismo libertario para la conquista de un futuro mejor".

ADMINISTRACION

Cantidades recibidas para el número 2 de este periódico, y gastos detallados.

ENTRADAS.—"G. Libertario", $5.00; José Rego, $1.00; Amador Rocas, $2.00; Saturnino García, de Banes, $6.00; José Pérez, $0.30.—De Matanzas: A. Sanabrias, $1.00; J. G. Souto, $0.40; Moyano, $0.20; P. Morales, $0.30; P. Guerra, $0.50.—De Florida: S. Casielles, $2.00; Amador Fernández, $5.00.—Total: $23.70.

SALIDA.—Tiraje del número 2, $40.50; Viajes, $1.00; Convocatorias para un mitin, $3.50; Correos, $0.83.—Total: $45.83.

RESUMEN

Superávit del número anterior. .	$ 80.19
Entradas al núm. 2	23.70
Suma total	$103.89
Suman los egresos	45.83
Superávit para el núm. 3 . . .	$ 58.06

NOTA.—Se ruega encarecidamente a todos los compañeros que envíen cantidades para el sostenimiento de este periódico, avisen inmediatamente si no las ven en los balances.

¡PRONTO! En Arroyo Naranjo una VELADA a beneficio de este periódico.

Imprenta Amargura 90